



INDUSTRIALIZACION DEPENDENCIA Y PODER EN AMERICA LATINA*

Fernando Henrique Cardoso

Las transformaciones que han tenido lugar en la última década en América Latina ponen en evidencia ciertos errores de interpretación sobre la naturaleza y estructura del poder en las sociedades nacionales; por otra parte, ellas facilitan ciertas tendencias que aparentemente apenas podemos entrever. En efecto, las dos grandes líneas de interpretación de los procesos políticos predominantes en Latinoamérica, es decir, aquellas que marcan el rol decisivo de los grupos oligárquicos en el control del Estado y de su proceso político, y aquellas que se observan dentro de la «burgue-

* Versión en español, del original en francés *Industrialisation, dépendance et pouvoir dans l'Amérique Latine*, a cargo de la Lic. Graziella Espinola de Corvalán, del Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos. En: *GEOSUR*, V, N° 54 (agosto-setiembre 1984). Págs. 40-52.

sía nacional», el actor estratégico del sistema de decisiones políticas, no han podido subsistir a la confrontación ni con los hechos ni con el tipo de desarrollo económico que ha prevalecido.

La teoría que afirma la predominancia de los grupos oligárquicos en las estructuras nacionales de poder acentúa el *retardo* de América Latina en lo que se refiere al crecimiento económico y subraya el carácter tradicional de las formas de dominación. Paradójicamente, este punto de vista ha sido sostenido —en la década posterior a la guerra— tanto por expertos americanos como europeos que han hecho aparente el contraste entre la situación latinoamericana y aquella del mundo desarrollado como también por los sectores de la izquierda latinoamericana. Entre estos últimos, los grupos comunistas se opusieron a la falta de dinamismo del poder oligárquico para las posibilidades de una recuperación nacional enérgica gracias a la política de desarrollo de los sectores capitalistas locales; posteriormente, ciertos grupos de inspiración «castrista» (para dar un nombre cualquiera a la izquierda revolucionaria), los cuales no creían en la misión regeneradora de las burguesías locales, confirmaron el carácter oligárquico y por lo tanto inmovilista de los grupos que controlaban el Estado.

Conocemos bien los tratados por los cuales los autores inclinados a ese tipo de interpretación han caracterizado la base económica y social de la política oligárquica. Desde el punto de vista económico enfatizaban la predominancia de la economía agraria de exportación; concentración de capital de la renta; disminución de la capacidad de la economía. Desde el punto de vista social enfatizaban la estratificación social rígida con posibilidades de restringir la movilidad ascendente; apatía de las masas ante el proceso político; «marginación» de la mayoría de la población vis-a-vis del proceso de decisión política; limitaciones al consumo de bienes producido por la sociedad. Esta descripción supone naturalmente la predominancia de la economía rural sobre la economía industrial urbana, del campo sobre la ciudad. Desde el punto de vista de la estructura de clases, la base de las

sociedades antiguas y tradicionales, con aquellas relacionadas a este esquema de interpretación, está constituida por una burguesía rural con rasgos «feudales» y por la masa de trabajadores. Estos últimos, en la medida en que la situación global es concebida como si estuviera marcada por dos características «feudales», pueden difícilmente ser definidas como una *clase*, puesto que las relaciones capitalistas de producción se han presentado encerradas dentro de las formas «precapitalistas» de trabajo.

Detrás de esta conformación social, el verdadero soporte de la estructura positiva y de los procesos de decisión política de acuerdo con la mayoría de los analistas de izquierda, estaría el *imperialismo*. Imperialismo quiere decir aquí, la explotación de las riquezas naturales y del trabajo local, según los modelos con que popularmente hacemos alusión cuando hablamos de las «repúblicas de las bananas» y de las «repúblicas del petróleo». El imperialismo ha sido considerado como la forma por la cual las economías industrializadas avanzadas se aseguran de la posesión de las materias primas y de la continuidad de la acumulación capitalista. Bajo el aspecto político, el mismo aparece como la compulsión externa que encuentra la complicidad interna de los latifundistas y ocasionalmente la de los militares, considerados como los brazos armados de la oligarquía. La política local será principalmente «patrimonial» y represiva. El Estado tendrá tendencia a organizarse como si fuera a satisfacer a una clientela, en la forma de poder satisfacer las presiones de los grupos de poder. Estos últimos pertenecen a los sistemas de parentesco, que formarán los vínculos sociales entre la economía latifundista y exportadora por un lado, y la política por otro. La segunda fase del Estado será dada por el control ejercido sobre la mayoría de la población.

La simplicidad de un esquema de este tipo no puede soportar evidentemente la confrontación con los análisis concretos aun si las interpretaciones que caracterizan en estos términos al retraso de América Latina no estuvieran también simplificadas como la que acabamos de presentar, de hecho la base de esos análisis fue ideada

en función de semejante perspectiva. El crecimiento económico de algunos países, la industrialización de otros, la urbanización creciente de la región, la presencia de la clase trabajadora y de los sectores de una clase media «moderna», es decir, no como la consecuencia de la urbanización y de la industrialización, se pone en evidencia la fragilidad y simplicidad de este esquema. Las críticas provienen tanto más de la izquierda, como de la derecha y del pensamiento académico.

En efecto, el pensamiento conservador ha buscado demostrar que existen muchos factores que intervienen en la realidad que está enfatizada por la izquierda dentro de la caracterización de retraso y falta de dinamismo de la región. En oposición a la síntesis vibrante de la crítica que se dirige a la oligarquía, al imperialismo y al inmovilismo, los conservadores han propuesto una imagen desteñida de la realidad, algunos creen siempre que hay muchas opciones entre la tierra y el cielo que la vana filosofía no puede imaginar... El pensamiento académico ha elaborado muy sutilmente el mismo punto de vista y ha comenzado a hacer alusión a la existencia de por lo menos dos sectores en las sociedades latinoamericanas: uno tradicional, conectado con la economía rural, el otro moderno, conectado con la economía urbana.

De esta manera, la interpretación unitaria de América Latina concebida como una región subdesarrollada, dependiente del exterior y socialmente atrasada ha sido reemplazada progresivamente por otras interpretaciones más oscuras. Los economistas, sociólogos y especialistas en ciencias políticas han apelado por lo tanto a la ideología del dualismo: el aspecto arcaico encontrará su complemento en el aspecto moderno. Algunos son atribuidos a las sociedades latinoamericanas, no sólo dos (moderno y arcaico, urbano y rural, etc.), sino innumerables aspectos, cada uno de los cuales toman su origen de un ciclo histórico de la expansión económica.

En vista de las indudables transformaciones por las cuales ha pasado la economía latinoamericana de posguerra, esta imagen de la sociedad como un acertijo ha

encontrado un principio de reunificación: el margen de la industrialización y urbanización ha permitido que el panorama un tanto caótico de una sociedad dualista (algunas veces de una misma sociedad plural, aunque jamás pluralista) fuera reorganizada, atribuyéndole el principio de la noción de sociedad «moderna», no obstante los sectores «marginales» que continuaron limitándola. La sociedad moderna así concebida está fundamentada sobre la existencia de dos grandes clases: la de los jefes de empresas dinámicas y la de los trabajadores. Una concepción similar supone también la transformación de las clases tradicionales medias en los grupos adaptados a la dinámica de la urbanización e industrialización: «white collars», técnicos, funcionarios de empresas, profesionales, etc. Un poco al margen del sector moderno, aunque rodeándolo, se encuentran los grupos arraigados dentro de formas de vida preurbana y preindustrial: los trabajadores agrícolas, los campesinos, los latifundistas, los rentistas de todo tipo.

Creemos también que la «nueva sociedad» da lugar a formas igualmente nuevas de control político. Evidentemente, las mismas cambian de acuerdo con cada país y con cada época, en función al grado de complejidad del sistema económico y a la intensidad del proceso de diferenciación social. Por lo tanto, la oligarquía y la política de «clientelas» tradicionales deberán ceder paso a los regímenes populistas o a los regímenes representativos (dentro de las circunstancias limitadas) que darán una apariencia más secularizada y moderna a la vida política; al mismo tiempo, el peso de las presiones políticas se desplazarán lentamente del campo o la ciudad.

La crítica a nuestra interpretación de la sociedad latinoamericana a partir de la idea del dualismo ha sido hecha principalmente por los autores marxistas. Esta crítica, usada correctamente, no niega las conclusiones sobre la imposibilidad de llamar «atrasadas» a las sociedades latinoamericanas, si esta expresión quiere significar «estáticas». La crítica, sin embargo, demostró que el dinamismo del sector moderno de la sociedad no pudo ser elaborado independientemente de los procesos que afec-

tan el sector tradicional. En lugar de suponer que el sector moderno se yuxtapone con el sector tradicional, como el aceite con el agua, sin provocar una redefinición intrínseca en cada uno de ellos, los críticos del dualismo han demostrado que existe una subordinación de intereses de grupo de los sectores tradicionales a la de los sectores modernos; y que, si no hubiera surgido del sector tradicional, estos últimos no existirían sin embargo en una estrecha relación con ellas. Si no hubiera habido la explotación «semi feudal» en el campo, no existiría la industrialización, la acumulación de capital, la redistribución relativa del resurgimiento urbano, etc.; si no hubiera existido el colonialismo interno, no habría los centros dinámicos y modernos, tales como los que existen actualmente en las sociedades capitalistas latinoamericanas, ellos no son la consecuencia de revoluciones agrarias previas y siguen manteniendo la antigua pauta de explotación entre las clases.

A partir de la crítica del dualismo, una divergencia surge en cuanto a la interpretación de las transformaciones en curso dentro de las sociedades latinoamericanas: por un lado está lo que hemos obviado sobre la posibilidad de que el sector moderno aumentara y se diversificara, por sí mismo o con apoyos externos, de manera a modernizar el sector tradicional; por otro lado, lo que pretendemos es que la modernización (es decir la expansión capitalista urbano-industrial) mantenga necesariamente las formas del «colonialismo interno».

Este último concepto, prestado de la teoría política de la expansión nacional de las burguesías europeas, es utilizado normalmente en un sentido que está cercano a la situación expuesta originalmente: la colonia interna es, en efecto, una región geográficamente definida en el interior de la Nación, como por ejemplo el noreste del Brasil, el sur de México, el norte de la Argentina, etc. De esta forma, aunque no se estuviera de acuerdo en cuanto a las condiciones necesarias para la modernización prácticamente todos los analistas reconocen que las sociedades latinoamericanas —contrariamente a lo defendido por las ideologías predominantes durante los años cuarenta y también

cincuenta— sufren un proceso de cambio, algunas veces bastante rápido. ¿Cambios en qué dirección?

Antes de responder, conviene recordar aquellas indicaciones precedentes. El reconocimiento de la existencia, en ciertos países, de una urbanización acelerada y de un proceso de industrialización importante reduce la proyección de la imagen anterior de una América Latina atrasada y rural. La revisión conceptual, entonces, está encargada de mantener la polarización ideológica siguiente: por un lado, enfatizamos el «fin del imperialismo» como factor explicativo del proceso político y del tipo de desarrollo económico de la región; por otro, reafirmamos la persistencia de los condicionamientos clásicos del atraso de la región, al subrayar el carácter superficial del cambio que ha tenido lugar. El primer tipo de ideología, llamada «desarrollista» esconde el proceso ya mencionado del colonialismo interno y de la «marginalización»; donde los autores que se orientan por esta ideología en sus análisis, en las diferentes situaciones nacionales latinoamericanas, son aquellos que se caracterizan por un grado de industrialización muy dinámico. Sin embargo, las interpretaciones favorables de las posibilidades del capitalismo serían extremadamente poco legítimas si el análisis considera a los países donde la economía de la exportación del género «enclave» prevaleciera, bajo el control de las empresas internacionales.

El segundo tipo de ideología, a su vez, no toma en consideración que ha existido en realidad un proceso importante de industrialización en ciertos países (Argentina, Brasil, México y en una escala muy limitada en Chile, Colombia, Venezuela y Perú) y que la relación *imperialista ha adoptado una nueva forma*. La relación de contraste, siempre presente en América Latina, entre las fuerzas imperialistas y los países productores de materias primas y poseedores de reservas de mano de obra se encuentran todavía subordinados, en el presente, a las relaciones muy complejas en los países que están industrializados. En efecto, la inversión de capital en el sector industrial y en los sectores de servicios de los países periféricos ha aumentado la importancia de los mercados

internos locales para las empresas internacionales. En consecuencia, hay toda una serie de nuevas políticas que las empresas extranjeras pueden adoptar en sus relaciones con la burguesía local (como por ejemplo, en el caso de acuerdos sobre la industria petro-química en el Brasil y en muchos casos en México). A partir de la etapa de comienzo de los mercados internos para las empresas industriales internacionales, se abren nuevas posibilidades de negociaciones entre el Estado y las corporaciones internacionales, aun en los países donde la exportación de enclave predomina y en consecuencia donde el rol de las burguesías locales está limitado económicamente. Estas negociaciones son habitualmente con el objeto de obtener acceso a una participación muy importante para los beneficios de las empresas; pero algunas veces estas consideran también la obtención de un cierto control de las decisiones económicas (como en la observada en las negociaciones relacionadas con el cobre chileno y las transacciones entre el gobierno de Venezuela y el grupo petrolero internacional; como en la actualidad entre Perú y los inversores extranjeros).

A partir de esta nueva forma de relación imperialista la dependencia de los Estados nacionales y de las clases sociales vis-a-vis en los países industrializados y las corporaciones internacionales adquieren un carácter particular que explica, como lo veremos más tarde, también el tipo de desarrollo económico existente y sus limitaciones. Este proceso se desvía claramente justo en los países donde se ha formado efectivamente una base industrial moderna. Es por eso que de aquí en adelante nos referiremos a los mismos.

Teniendo en cuenta sus reservas, ensayaremos mientras tanto caracterizar las orientaciones que han seguido los cambios en América Latina. Considerando este punto, hay una vez más, puntos de vista divergentes. Por una parte se han agrupado los que preconizan un tipo de filosofía de progreso y que ven dentro del desarrollo el camino hacia la imagen del Edén moderno: el igualitarismo, la participación, la movilidad, esto es, los valores de este género de progresismo. Por otra parte, se encuentran

aquellos que reafirman que los cambios producidos por la industrialización de los países subdesarrollados no son de esa manera importantes y que provocan al mismo tiempo el aumento de la desigualdad, la concentración creciente de poder en manos de una minoría y la ilusión de una movilidad social (puesto que ellos se agitan más bien en un consumo de masa que en un cambio real de la estructura social).

En frente de estas dos ideologías, una de progresismo eufórico, la otra de una catástrofe crónica, se puede decir que cuando consideramos los fenómenos en sus expresiones más inmediatas y medibles, constatamos cambios sociales importantes. ¿En qué consisten? Primero, la urbanización acelerada de las ciudades latinoamericanas podría indicar el mejoramiento de la calidad de vida. Con la urbanización viene otro proceso, la disminución de la tasa de mortalidad infantil, el aumento de la esperanza de vida, etc. que indican una tendencia en el sentido de mejoramiento de las condiciones de vida. Es evidente por otra parte, que la urbanización latinoamericana es la expresión del nivel ecológico de la intensificación de la industrialización y del aumento de servicios urbanos en el interior de las economías capitalistas. En consecuencia, la urbanización provoca a veces toda una serie de problemas sociales y culturales característicos del desarrollo capitalista.

Es bien sabido que la urbanización ha estado acompañada de otro proceso comúnmente llamado sin mucha precisión «proceso de marginalización de la población urbana». Cuando consideramos su envoltura ideológica, esta expresión significa que hay grandes estratos de la población urbana que viven todavía en un bajo nivel de vida y son explotados de una manera u otra por las clases dominantes. A primera vista, esta población marginal está comprendida en los aspectos de la disminución ecológica y en los más bajos niveles de habitabilidad de las ciudades pobres. Sin embargo, estos aspectos no son los que reflejan los procesos ya mencionados de explotación del trabajo y el resultado de la incapacidad del sistema productor para ofrecer empleos regulares a la población en edad de trabajar.

Los índices de marginalidad no se han limitado a considerar los aspectos de la habitación y de la ecología demostrando que entre las poblaciones urbanas, a pesar de las estaciones de radios y quizás también de las antenas de televisión existentes en las ciudades de América Latina, la participación social, para no mencionar la participación política, es probablemente bien restringida. Las asociaciones civiles y profesionales continúan siendo poco numerosas y, cuando las hay, son muy poco frecuentadas. La familia y el círculo de vecindad inmediata con su experiencia cultural y de asociación precarias, continúan ejerciendo el rol predominante en la socialización y en el desarrollo de la experiencia de vida urbana de la población latinoamericana. (Exceptuaremos naturalmente ciudades tales como Buenos Aires y Montevideo, que están ya muy urbanizadas y más homogeneizadas que las otras ciudades de la región, aún teniendo la extensión actual de la industrialización). El resultado inmediato de esta situación puede ser resumido en una corta expresión: ciudades sin ciudadanos.

En efecto, la ciudadanía implica los aspectos más vastos y más profundos de todos aquellos que simplemente viven en las aglomeraciones: la misma implica un estilo de vida y la conciencia de su valor. En Europa, la ciudad es el forum de la libertad y el ciudadano (burgués o plebeyo) aprende durante siglos a asumir su responsabilidad. Aún teniendo la predominancia burguesa-industrial, en el seno de la ciudad dominada por la realeza o por la señoría local, la «turba» urbana es la expresión plebeya de un comienzo de comportamiento político. Más tarde, en el siglo XIX, como lo ha demostrado Hobsbawn, la «turba» generalmente legitimista y favorable al principio total de asumir la responsabilidad, fue reemplazada por el proletariado urbano que comenzaba a organizarse; sus luchas adquieren algunas veces la forma de una comunidad de intereses de la masa urbana en contra de aquellos que los explotan.

En América Latina, el comportamiento de las masas urbanas no presenta las características de un proceso de ciudadanía solo en los casos limitados: el voto

urbano de protesta o el movimiento obrero, este último se manifiesta algunas veces bajo formas de acción turbulenta, más unidas en Europa a las reacciones populares de la etapa preindustrial que al movimiento obrero.

Cuando hablamos de urbanización con marginalización y de ciudad sin ciudadanía nos referimos tácitamente a una situación donde la masa de una ciudad —si existiera— no fue la experiencia de organizaciones profesionales o de clase, y mucho menos de un partido político; lo que demuestra en consecuencia el premio fácil de un comportamiento de consumo de masa, sin por lo tanto beneficiarse de la conciencia y de la acción que resulta de lo que la producción de masa igualmente hace aparecer a los productores con derechos específicos. Por lo tanto el nivel de demanda urbana es bajo, y aun el consumo de masa, tan comentado está restringido; las masas urbanas se encuentran sumisas a las limitaciones inherentes al consumo de masa (sobre todo en lo que concierne al control de las informaciones difundidas por la radio, la televisión y también la prensa) que no gozan de las ventajas de una sociedad industrial de masa; encontramos en efecto —en menos grado en el modelo occidental— al mismo tiempo un mayor bienestar y un acceso más generalizado a los vehículos de información y de cultura, en medios formales (como los sindicatos, la votación y los partidos) e informales para que la «presión de los de abajo» sea ejercida.

En la vida urbana de la mayoría de los pueblos latinoamericanos las ventajas de la sociedad de masa se encuentran mitigadas y deformadas. En consecuencia, los índices generales de bienestar material, del tipo de expansión urbana y de la posesión de los instrumentos de comunicación de masa disimulan, en la mayoría de los casos, una vida de calidad inferior, si queremos llamar con el término «vida» una efectiva participación en una «cultura urbana».

Cuando pasamos del análisis de los efectos de la industrialización y de la urbanización en la cultura urbana a aquella del modelo de desarrollo aplicado actualmente

en América Latina, el cuadro que obtenemos, sin ser catastrófico, no es menos disturbador. Es ya casi una cosa tan evidente afirmar que el modelo de desarrollo socioeconómico en vigor es exclusivo. ¿Qué es lo que se quiere decir?

Eso quiere significar en el fondo, que el desarrollo capitalista se realiza con las dos siguientes características bien comunes, permite altos niveles de concentración de la renta y crea un proceso de rentas bajas y altas, reduce la relación entre el monto global de la población, lo suficiente como para asegurar el dinamismo económico, es decir la acumulación de capital, y la expansión de las empresas. Las islas de desarrollo surgen, por consiguiente, dentro de un contexto de pobreza.

Ciertamente, una vez más se pone en duda la visión pesimista que niega el efecto multiplicador de este dinamismo o más allá de las limitadas fronteras de los polos del desarrollo. En casi todos los países, en efecto, tenemos conciencia de las consecuencias negativas de la expansión del modelo actual; de modos diferentes, los programas y los planes son propuestos considerando la integración nacional, la disminución de las desigualdades regionales, la constitución de bases sociales, la participación en la renta nacional, la disminución de las desigualdades regionales, la constitución de bases sociales, la participación en la renta nacional, etc., con el fin de aplacar las distorsiones que la misma entraña. Todo ello no excluye sin embargo la orientación general, el modelo de desarrollo adoptado concentra las rentas y es exclusivo.

En relación con dicho punto se presentan dos cuestiones fundamentales: ¿Hasta qué punto un modelo de ese tipo puede ser autosuficiente? ¿Qué grupos sociales apoyan este modelo de desarrollo y por qué?

La imagen de la sociedad latinoamericana constituida por dos sectores, uno atrasado y rural y el otro moderno y urbano-industrial, está terminada por completo dentro de las ideologías del desarrollo por la creencia que a largo plazo el crecimiento industrial autosuficiente

depende de dos condiciones unidas entre ellas: la liquidación de intereses latifundistas exportadores y la formación de un vasto mercado interno que anexa las clases sociales en el margen del consumo. El curso de la historia de la mayoría de los países ha demostrado que los intereses urbano-industriales son impuestos sin producir cambios profundos en la campaña (Brasil, por ejemplo, no ha hecho ninguna reforma agraria; México ha hecho una reforma agraria reducida y puede ser en un ritmo muy reducido; Colombia sigue el ejemplo brasileño, etc.); casi siempre han modificado la predominancia política de los grupos tradicionales, sin producir por lo tanto la incorporación masiva de las poblaciones rurales al proceso. Por lo tanto hemos visto que, después de las leyes de bronce de la economía, el bienestar social no es más que un subproducto de la acción política y no una condición necesaria. Además, tenemos una vez constatada esta verdad elemental: el mercado se compone de consumidores (es decir de aquellos que el poder ha conseguido), y no de personas. En el vocabulario de la realidad económica, población y mercado no son sinónimos.

De esta manera, la alianza que muchos suponen natural y necesaria entre los grupos de jefes de empresas y la política de incorporación de masa al mercado ha perdido su significación estructural dentro del cuadro político y social. El problema es derivado de la formación de un mercado sólido y no de la incorporación de masas rurales y urbanas al sistema económico. ¿Qué es un mercado sólido y qué es lo que lo compone? Un mercado sólido es poder apoyar la expansión de la producción en las condiciones que la misma se efectúa. O la producción en el caso latinoamericano se efectúa en términos tecnológicos que han estado hoy en la avanzada, es decir, 10 ó 20 años dentro de los centros industrialmente más avanzados de Europa y Estados Unidos. Esta tecnología permite la producción de equipos de infraestructura, de máquinas y la producción de bienes durables de consumo. Los consumidores, son evidentemente la clase alta media urbana y las «clases productoras» para los bienes durables de consumo; las mismas empresas privadas y sobre todo públicas, para los equipamientos de base; los productores

en general, para las máquinas y para los *in-put* industriales. Es claro que los sectores de la alimentación, de habitación, de los objetos de uso doméstico, etc., continúan existiendo y desarrollándose, pero en términos económicos, es una posición no determinante en el sistema productor.

Este sistema puede continuar expandiéndose en el interior de las fronteras del así nombrado modelo de crecimiento en la concentración de las rentas, que reclama un mercado restringido. Lo que es más, es capaz de engendrar un excedente para sostener las «políticas de integración» (con la condición que le demos a esta expresión una significación rigurosa). El sobrante limitado del sistema puede entretener las ilusiones relativas a una incorporación de toda la población a la economía del bienestar.

La expresión dramática de esta tendencia viene a sobresalir cuando analizamos el informe entre el empleo y la población. Es evidente, y bien conocido en los detalles, que el modelo de desarrollo restrictivo, con el consiguiente mecanismo propio que se encuentra en su base, al saber la tecnología relativamente desarrollada, crea las riquezas sin aumentar dentro de una proporción igual el número del empleo dentro del sector secundario de la economía. Existe una disparidad entre el crecimiento de la población y el aumento de las fuentes de empleo.

Una vez más: retengamos estas reflexiones *cum grano salis*, a fin de descartar las conclusiones prematuras. La argumentación relativamente débil del empleo en el sector secundario está en parte compensada por el agrandamiento de la parcela moderna del empleo dentro del sector terciario. Puede ser que esta compensación sea suficiente para disminuir los efectos negativos, provocados por el actual modelo de desarrollo, sobre el empleo de polos de crecimiento, como la región metropolitana de San Paulo; la misma no se contrabalanceará sino difícilmente, en contra, los efectos negativos de la tendencia en las zonas de menor desarrollo relativo o de estagnación. Por otro lado algunos de los datos concretos sobre la tasa

de fertilidad, además de los que se refieren a las tendencias concernientes al número de niños por familia en las regiones más industrializadas, como San Paulo indican que la tasa de crecimiento de la población está reducida, al mismo tiempo que ningún programa de control de la natalidad ha sido aplicado. Si la tendencia resultara similar, otra vez se establecerá un equilibrio relativo entre población y empleo en los polos de crecimiento, a pesar de las migraciones internas.

Es cierto que la prudencia en la interpretación no ensombrecerá menos la imagen que nos hagamos del conjunto de la población, en particular de la población rural.

Cualquier grupo social, entonces, apoya un modelo de desarrollo cuya mayoría no se benefició, y ¿por qué?

Será ingenuo buscar una respuesta solamente por parte de los intereses particularistas de las clases y de los grupos sociales. En efecto, dado sus intereses inmediatos, ¿por qué los beneficiarios del desarrollo se preocupan de la masa de la nación? En realidad, las causas de este proceso se encuentran objetivamente agrupadas en la estructura social y en la infraestructura económica. En lo que respecta a esta última, un factor que parece ser decisivo ha sido ya mencionado: el tipo de tecnología aplicada. La tecnología no juega por lo tanto el rol de variable independiente en el sistema económico. Existen otros dos factores que determinan la elección de una cierta tecnología: los gastos de la producción y el control social del proceso productivo. Los análisis de los clásicos, particularmente aquel de Marx, distinguía netamente entre el desarrollo tecnológico en cuanto a la invención y utilización de técnicas nuevas en relación con la decisión económica. Nada permite afirmar que hoy las cosas sucedan de distinta manera. El problema no procede, por lo tanto, del dinamismo general de la tecnología avanzada, sino del hecho que nosotros aplicamos en los países subdesarrollados las técnicas que, si ellas no son las más avanzadas, son lo bastante menos elaboradas para economizar la mano de obra. O, dentro del desarrollo de los

países se encuentran actualmente a un alto nivel de industrialización —por ejemplo, Inglaterra y Estados Unidos— hay un cierto acuerdo entre la disponibilidad técnica de un proceso nuevo y las ventajas económicas del sistema productivo, teniendo en consideración la mano de obra.

Es una vez más el carácter de las economías dependientes lo que explica, en gran parte, la autonomía relativa de los factores técnicos en el interior de la dinámica del crecimiento industrial latinoamericano. Las inversiones extranjeras convergen ordinariamente hacia el sector industrial, bajo la forma de financiamiento para la adquisición de equipos producidos por las economías altamente industrializadas. Además (separando aquí los argumentos mecanicistas de naturaleza estructural o económica), las sociedades latinoamericanas en vías de industrialización son sociedades «abiertas». Este mismo adjetivo en los países centrales significa «sociedades democráticas e intensa movilidad social». En América Latina adquiere una significación práctica diferente y quiere decir generalmente, pequeñas restricciones aduaneras, consumo elevado por las clases restringidas y libertad de elección de parte del consumidor. Estas características de la etapa actual de las sociedades latinoamericanas justifican aparentemente un consumidor exigente que reclama los productos de calidad (es decir una tecnología avanzada) independiente de las posibilidades de aplicar las alternativas tecnológicas que ofrece un importante empleo. Los estímulos al consumo se cree que obedecen a cánones del mercado internacional y consolidan también la tendencia predominante de que la industrialización adopta más y más la forma de un proceso internacionalizado: únicamente las empresas capaces de producir de acuerdo con los modelos de consumo de la sociedad industrial satisfaciendo las presiones del consumo local, dan el tipo de consumidores existentes.

El efecto de esta situación (o su causa, puesto que los procesos no están condicionados mecánicamente) es doble: la industrialización latinoamericana sirve a su mercado (es decir la clase media superior y las clases de

renta elevada) y adopta siempre la ventaja de una forma de industrialización fundada en la industria extranjera o sobre la industria nacional unida a ella.

Este proceso, por otro lado, concentra el capital y hace del «conglomerado» o del «sistema integrado de empresas» su protagonista. Aún recientemente, los «grupos económicos» se constituyen en América Latina porque las empresas tradicionales se volvieron inoperantes o no pudieron más hacer frente a la competencia de empresas nuevas, extranjeras en particular; ellos se vuelven entonces en contra de los sectores del mercado o la competencia que se hacía notar levemente. Cada grupo económico mantiene estas empresas (agrícolas, textiles, de alimentación o no importa de qué otro tipo) juntamente con las empresas que operan dentro de los sectores más rentables, como las del cemento. Dentro del conjunto, los grupos económicos sí están desinteresados en la rentabilidad de cada empresa, se encuentran a la larga descapitalizados. Actualmente, la estructura del conglomerado es diferente: ella se apoya sobre la alianza con el sector financiero y con las empresas capaces de realizar la renovación tecnológica. Veamos las razones siguientes —la última en particular— que hacen de la asociación con los grupos internacionales la forma por excelencia de la expansión de los «sistemas integrados de empresas».

Acabamos de observar porqué el modelo de crecimiento en vigor está adoptado y a qué beneficia.

Por lo tanto debe subrayarse que este cuadro permanece incompleto. En efecto, la acción del Estado y además el rol de la burocracia pública de la tecnocracia, no pueden olvidarse en el análisis de la «nueva sociedad industrial». El crecimiento de la empresa capitalista del Estado se ha cumplido, como lo hemos dicho, sobre todo a partir de los sectores de la infraestructura (petróleo, energía, transportes, acondicionamientos urbanos). Pero dentro de algunos países, como Brasil y México, se ha llevado a cabo también a partir del sector de crédito y de las áreas no-infraestructurales vitales de la seguridad nacional, como las comunicaciones.

Los efectos sociales de estos procesos no se reducen solo a la creación de una base favorable para la economía de la libre empresa. Realmente, las sociedades latinoamericanas, que son tradicionalmente concebidas como socialmente raras parecen haber respondido por la creación de corporaciones del Estado a algunos de los desafíos originados por la forma actual de desarrollo del capitalismo adoptado por las grandes corporaciones multinacionales (sobre todo norteamericanas). El Estado ejerce normalmente las funciones reguladoras además de productoras un «countervailing power» para la internacionalización del mercado creado.

Es un hecho social y políticamente revelador de este proceso que la burocracia del Estado y en particular la tecnocracia desvían los puntos estratégicos que pueden disponer las clases medias para afirmar su presencia y participar en las decisiones relativas al desarrollo.

De esta manera, en las «ciudades sin ciudadanos» y dentro de un medio social pobre en organizaciones civiles (partidos, sindicatos, asociaciones voluntarias, etc.), las organizaciones públicas son, al lado de las empresas modernas, los principales medios de toma de decisiones y de organización social.

Es evidente que los riesgos resultantes de una concepción corporativista de la sociedad se agranda basada en este tipo de desarrollo, en particular cuando consideramos, en el interior del sector público, el rol más y más activo de las fuerzas armadas. Este se desenvuelve sin embargo dentro de un *corporativismo sui generis*, porque dentro de los desempleos recientes se pasa de la movilización de las masas y, por lo tanto, de la formación de partidos. Parece, por lo tanto, que las elites se organizan corporativamente sin aspirar a una legitimización popular; también no se aplican a las formas propiamente totalitarias de organización de la sociedad, se satisfacen más bien de un autoritarismo impregnado de «sentido de misión» que quiere coexistir con la apatía de las masas. Bajo el égido de una tecnoburocracia pública y privada (las corporaciones internacionales), el Estado y la socie-

dad se movilizan en vista de objetivos económicos dados, adquieren una cierta eficiencia, pero continúan negando la incorporación de la masa a la vida política. El control ejercido sobre la información permite que se expandan las noticias y los valores que, sin que la masa salga de su apatía, contribuye a mantener un cierto dinamismo entre las elites culturales y técnicas, indispensables al desarrollo.

En América Latina, los límites entre este género de autoritarismo (para el desarrollo a cualquier precio) y un régimen totalitario son difíciles de comprender. En los países industrialmente más avanzados, las características de la primera forma de control han estado siempre presentes, aunque las mismas no hayan persistido siempre. La necesidad que el ciclo se cierre, al alcanzar el completo totalitarismo, es muy dudoso. Sin embargo, este modelo de desarrollo —que concentra las rentas y es socialmente restrictivo— es ciertamente susceptible al orientarse estas tendencias hacia esta dirección.

La forma de dominación que se constituye dentro de los países más industriales implica, entonces, una simbiosis entre los intereses de la gran empresa y la del Estado, lo mismo que el «jefe de una empresa».

Por lo tanto, no se provoca ni un tipo de aversión de la burguesía del poder, ni la afirmación del Estado Nacional, como la que ha sido prevista por los análisis que son inspirados por la izquierda no revolucionaria y por el populismo latinoamericano. Contrariamente, los puntos de la redefinición del sistema de poder son otorgados por la corporación multinacional y por el Estado que también lo viene a estimular para un tipo de participación política corporativa y profesional entre los grupos sociales locales. Estas características están bien marcadas en los países donde la modernización de la maquinaria del Estado se ha cumplido por intermedio del control directo de la burocracia civil por la burocracia militar, dentro de un contexto de desarrollo dependiente estimulado por las empresas multinacionales, como en el Brasil y en Argentina. En este caso, la política de tipo democrático-representativo en la

cual se manifiesta la acción de la burguesía y de las clases medias (y también en cortos períodos, aquella del pueblo mismo) dan lugar a un estilo de política autoritaria y de inspiración burocrática la que a menudo induce falsamente a creer que el Estado Nacional, volviéndose fuerte, se opone a la burguesía. «Falsamente», como la opción autoritaria-burocrática, aunque la misma frustre frecuentemente el interés de los grupos privados, asegura permanentemente las condiciones de la acumulación de capital y de la apropiación privada de las clases productoras. Es además bien sabido que el capitalismo europeo en su etapa mercantilista se ha desarrollado en el contexto de un Estado fuerte e intervencionista que ha él mismo, contrariado los intereses particulares, pero que a la larga ha favorecido y reforzado el capitalismo industrial.

En otros países, como México, la corporativización de la política yace en el contexto de un régimen civil y de partido único. La participación de grupos de interés en la ejecución de la misma política de desarrollo por medio de la internalización del mercado —y entonces de la subordinación de los intereses colectivos en la lógica de la expansión del sistema multinacional de empresas— para efectuarse sin que el ejército asuma el control político del nuevo orden industrial dependiente. Es evidente que un sistema de este género provoca disensiones y contradicciones internas importantes. Sin analizarlas, nos contentaremos con revelar dos tendencias que resultan de las condiciones estructurales de la política dentro de estos países. Estas tendencias pueden alterar sensiblemente la naturaleza de las reacciones y las protestas en América Latina. Por un lado, es un hecho que el sistema económico es exclusivo, como lo habíamos visto, el sistema político es restrictivo. Un potencial de reacciones se crea entonces en medio de aquellos que están en vía de ser políticamente marginados. Hay que observar que serán políticamente marginalizados no solamente los «sin empleo estable», sino también aquellos que no encuentran más que una clase de expresión política y que han tenido previamente una experiencia de participación: la clase media urbana no conectada a las empresas modernas (del Estado o internacionalizadas), la intelectualidad (en particular los

sectores estudiantiles) y los sectores burgueses además de asalariados que no se insertan dentro de la dinámica del desarrollo fundado sobre las grandes corporaciones. Por otro lado, el nuevo estilo de desarrollo y de participación fragmenta las clases sociales, al entrenar la solidaridad de aquellos últimos con el sector moderno e internacionalizado de la vida de estos países (y aquí, una vez más, este proceso puede afectar después a los trabajadores como a los jefes de empresa, en realidad por la intelectualidad, la tecnocracia en particular) y aumentan las fracciones de estas mismas clases que resisten y que resistirán más vivamente aún, su necesidad de posesión de la política.

Estas tendencias decayeron (y aquí entramos en el dominio de la especulación pura) al suscitar estas conjeturas sobre la respuesta por parte de los *outsiders* los objetivos claros y «racionalmente» definidos de los nuevos grupos de poder, pudiendo ser un tipo de *wildcat protest*, a la manera del movimiento de Córdoba en Argentina, o la reacción espontánea que estas masas han tenido momentáneamente en jaque al sistema establecido. Además que el «foco guerrillero» de la política guevarista —que es una respuesta «técnica» a desafiar la dominación tecnocrática-imperialista— puede ser la creatividad activa y relativamente poco organizada de estas «turbas» virulentas modernas representadas por los *outsiders* de la civilización tecnocrática, la cual debería ser la amenaza más persistente y la más imprevisible del sistema de dominación. Evidentemente, un movimiento de esta naturaleza no destruye la dominación tecnocrática, así como por mucho tiempo los movimientos sociales originados de otros tipos de contradicción no viene a amalgamarse con él: esta suerte de «revolución de las expectativas expuestas en el extremo de la postergación» que se produce algunas veces en el interior mismo del sector tecnocrático-moderno (como la que ha llegado en mayo de 1968 a París, con el apoyo de los «cuadros» técnicos a la protesta estudiantil) y la confrontación «clásica» entre las clases sociales —puesto que la misma continúa siempre existiendo, aunque «despolitizada»— lleva a la confrontación dentro de los sectores trabajadores dominados por las corporaciones del Estado e internacionales.

Sin embargo, queremos resaltar en particular lo siguiente: aunque existe actualmente, en los países que están industrializados bajo la forma de una integración creciente al sistema de corporaciones multinacionales (*), una coyuntura (que engloba aquellos mismos sectores de las clases populares) muy favorable a la expresión imperialista-tecnocrática del poder, no significa de todas maneras una imposibilidad histórica de una alternativa política. Existe una base social para la reacción a la forma de dominación actual. Hemos demostrado muy brevemente qué tipo de *outsider* parece ser potencialmente más capaz de reaccionar; sería necesario mencionar también los otros grupos; como el de los campesinos, que se refieren igualmente a una cierta virtualidad de acción. El paso a la acción de esta base social y su lanzamiento no serían teorías; son políticas y dependientes de estrategias concretas y particulares concernientes a la cuestión. Por lo tanto, los «*insiders*» tienen también un potencial de reacción. Además en los países con una estructura social compleja como la que hallamos, la acción puramente espontánea y, justo en un cierto punto, «antirracionalista» de aquella que no se encuentra en una situación de trabajo y de experiencia cultural de avanzada, podrá difícilmente dirigir sin contar los puntos de apoyo estratégicos en el interior del sector económico, social y culturalmente más avanzado.

Durante la etapa de su formación se aspira a dar la impresión de perpetuidad, las coyunturas de poder son históricamente muy fluidas y no existe razón para pensar que la forma dependiente corporativo-tecnocrática que encontramos en los países más industrializados de América Latina alcanza a sustraerse a la verdad elemental de acuerdo con aquella que en la historia, es esencia, es movimiento.

(*) Excluyo deliberadamente el análisis de los países en vías de industrialización a partir de una fuerte economía de enclave, como la de Chile, Perú y Venezuela. En estos países, el proceso político toma su punto de partida en las conjeturas bien diversas de aquellas que examinamos en este artículo.
